

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by the Dialectic and Philanthropic Societies

PQ6217

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6217
.T44
vol. 22
no. 1-8

SF
B4C



a 00002 33925 9



Faint handwritten notes and markings, including a checkmark and some illegible characters.

E
on

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

11898

La vida que vuelve

COMEDIA EN DOS ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

Copyright, 1907,
by S. y J. Álvarez Quintero.

18

LA VIDA QUE VUELVE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA VIDA QUE VUELVE

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA el 20 de
Diciembre de 1967



MADRID

3. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DCP^o

Telefono número 551

1968

49

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ISABELA.....	Carmen Cobeña.
DOÑA REPELITOS.....	Conchita Ruiz.
DOÑA DULCE.....	Josefa Cobeña.
BERNARDA.....	Josefina Alvarez.
LUISON.....	Francisco Morano.
DON JOSEITO.....	Ricardo Manso.
EL TÍO WILLIAM.	Leovigildo Ruiz-Tatay.





ACTO PRIMERO



Salita, llamada «cuarto de la camilla» hace cuarenta años, en casa de don Joseito, en Madrid. Al foro, hacia la izquierda, una puerta que da á un pasillo. A la derecha del actor un balcón. A la izquierda una puerta más pequeña que la del foro. Estera de cordelillo, deslucida. En el centro del cuarto la camilla que le da nombre, cubierta con falda y tapete del año de la nana. Cerca de ella, y en torno, butacas y sillas desiguales. Junto á la puerta del foro una cómoda, encima de la cual hay varios objetos de adorno y un quinqué, contemporáneos del tapete. Es digno de mención especial un gato diseado, que contempla impasible la monótona vida de los habitantes de la casa. A un lado de la cómoda un reloj de pesas, que nunca da la hora que señala ni nunca señala la que es. En las paredes, cuyo papel ha perdido el color por la acción del tiempo, varios cuadros distintos, entre los cuales, no obstante, existe curiosa armonía. Uno pequeñito, con marco dorado, guarda tras su cristal una trenza de pelo rubio anudada graciosamente. Varios retratos en fotografía, con marcos negros.—Es de noche. Las maderas del balcón están cerradas. Dan luz al cuarto una lámpara de petróleo que pende del techo sobre la camilla y el quinqué de la cómoda. En el pasillo del foro, frente á la puerta, un quinqué de pared.

Bernarda, criada de la casa, es la más joven de cuantos la habitan y ha pasado de los sesenta inviernos. Acaba de encender la lámpara, y asomándose primero á una puerta y luego á la otra dice en voz alta lo que sigue. ¡Doña Repelitos! ¡Doña Dulce! ¡Ya tienen la lámpara encendida: no vaya á estar alumbrando al gato nada más!... ¡Don Joseito!

BER.

¡Véngase, que ya hay luz: no se gaste el petróleo en balde!... Como no vengan pronto, apago otra vez.

Sale á poco doña Dulce por la puerta del foro. Trae calceta en la mano, y la deja sobre la camilla. Es una viejecita como las que los niños hacen poniéndoles por cabeza un garbanzo. Habla con dulzura y suspira frecuentemente.

D.^a DUL.

Bernarda.

BER.

¡Alabado sea Dios! Ya era hora. ¿Usted sabe lo que se gastó el mes pasado en petróleo?

D.^a DUL.

Eso tú allá con doña Repelitos. Oyeme una cosa.

BER.

Pues subió de cuarenta reales. ¡Qué dolor de cuarenta reales!

D.^a DUL.

Bueno, sí, sí... Sin atenderla, busca con interés una moneda que se le ha perdido.

BER.

Y si ahora que empieza el invierno, con sus días cortos y sus noches largas, sigue este despilfarro en petróleo, los finales de mes los vamos á pasar á pan y agua.

D.^a DUL.

Déjame de eso y dime: ¿has buscado bien en la cocina?

BER.

Sí, señora.

D.^a DUL.

¿Y en tu habitación?

BER.

No hay rincón que no haya registrado.

D.^a DUL.

¡Ay, qué dolor, Dios mío! ¡Mi moneda! ¡mi moneda! ¿Tú la conoces bien, Bernarda? Moruna, pequeñita, de cobre...

BER.

¿No he de conocerla, señora? Y sé que no dan por ella ni dos cuartos.

D.^a DUL.

¿Y qué tiene que ver? Para mí vale dos millones. Era de mi hijo. ¿No sabes tú que era de mi hijo?

BER.

Olvidado lo tengo, de tanto como nos lo repite á todos. Está usted perdiendo la cabeza, doña Dulcenombre.

D.^a DUL.

Ah, no, no; eso no. A pesar de que voy arañando los setenta, mis manos y mis piernas temblarán, pero mi cabeza está firme: firme, como á los veinte años. ¿De qué hablábamos, oye?

BER.

Del ochavo moruno.

D.^a DUL. Es verdad. ¿Has buscado bien en la cocina?
BER ¿Otra te pego?

D.^a DUL. No te enfades, mujer. Como te da por escon-
derlo todo...

BER. Yo escondo lo que algo vale; lo que de algo
puede servir. ¡Ah, si no fuera porque Ber-
narda esconde, de cuántos apuros no se ha-
bría podido salir en esta casa! «Que ya es
de noche; que no se ven los dedos de la
mano; que es preciso encender la luz... En-
ciende, Bernarda... ¿Y los fósforos? ¿Quién
me da los fósforos? ¡Ay, que no hay fósforos!
Pues sí que hay fósforos: porque Bernarda
ha ido escondiendo hoy uno, mañana dos,
para cuando llegara este caso.» Y todos se
ríen, y qué Bernarda esta. Acuérdesse usted,
doña Dulce, del día que hicieron falta unas
tijeras, y nadie encontraba sus tijeras, y fué
Bernarda, y una de aquí, y otra de allá, sacó
seis tijeras...

D.^a DUL. ¿Por eso no encontraba nadie las suyas!

BER. Sí, sí... Fortuna que yo no lo hago para que
me lo agradezcan. Voy á dar el último repa-
so á la cocina.

D.^a DUL. Écha aquí una firmita antes.

BER. No, señora; que con tantas firmitas se va el
brasero en un decir Jesús.

D.^a DUL. Bueno, mujer; sea como tú quieres...

Se va Bernarda por la puerta del foro, hacia la izquier-
da. Doña Dulce se sienta cerca de la camilla en una bu-
taca, á hacer calceta. No muy lejos, óyese el toque de
ánimas de una iglesia. Doña Dulce reza entre dientes.
Antes de acabarse el toque de ánimas, sale por la
puerta de la izquierda don Joseíto. Es un setentón
acartonado, á quien se le ha quedado la ropa grande.
Tiene una calva limpia, orlada de pelusilla blanca. Se
sienta á la camilla también.

D.^a DUL. Cuando termina de rezar. Santas y buenas noches
nos dé Dios.

D. JOS. Buenas noches.

D.^a DUL. Desde mañana, que es primero de mes, da-
rán las ánimas una hora más temprano.

D. JOS. Como se van acertando los días... ¿Escu-
chaste anoche el toque de maitines?

D.^a DUL. Abiertos tuve los ojos hasta que terminó. La campanita del convento acompaña... Es tan solo este barrio de Madrid, que parece que está fuera del mundo.

Silencio.

D. JOS. ¿Y doña Repelitos?

D.^a DUL. Echando un sahumero la dejé.

D. JOS. Pues ¿qué diablillo ha entrado en casa?

D.^a DUL. El hombre de la mujer que trae las astillas. Ella está enferma, y lo ha mandado á él. Y es muy mal hablado; y no sé qué cosa le dijo Bernarda sobre el precio de las astillas, que el hombre se sulfuró y soltó un *periquito*. Bernarda le contestó de mala manera, y el hombre soltó otro *periquito*. Y *periquito* va, *periquito* viene, aquello no era boca. Solo se quedó en la cocina. Con que fué doña Repelitos, encendió su copilla, y empezó a decir exorcismos por todos los rincones.

D. JOS. ¡Je, je!... ¿Y Bernarda, no soltó ningún *periquito*?

D.^a DUL. Soltó un *pericazo*; que ya la conoces tú cuando se enfada.

Nuevo silencio. El reloj, después de un carraspeo de hombre caduco y contrariado, da cuatro campanadas y se queda tan fresco.

D. JOS. ¿Te parece qué hora ha dado ese sinvergüenza?

D.^a DUL. ¿Las cuatro, no?

D. JOS. Las cuatro. A ver la que señala. Se levanta y va á ello. Después vuelve á sentarse, riéndose. Las doce.

D.^a DUL. ¡Jesús! Es una irrisión. ¿Para qué le das cuerda, Joseíto?

D. JOS. Mujer, mientras ande, aunque se equivoque y tropiece y parezca chocho... que suene, que viva... El día que se pare del todo, voy á sentir mucha tristeza. Lo estoy oyendo desde que era estudiante... Tic-tac, tic-tac... Entonces él y yo marchábamos de otro modo que ahora. Suspirando. ¡Ay!...

D.^a DUL. Lo mismo. ¡Ay!...

Sale doña Repelitos, por la puerta de la izquierda también. Es más vieja que Bernarda y menos que don

Joseito y que doña Dulce. Nerviosilla, cascarrabias, inquieta, reñidora, todos la temen en la casa y ella no le teme á ninguno. En las manos trae un tapete que esta haciendo para la camilla con pedacitos de todas las telas que caen en su poder.

D.^o REP. Encarándose con don Joseito ¿Ahí estás tú esta noche? ¡Vaya! Si sabrá una dónde tiene su sitio.

D. JOS. Donde siempre, tonta... Cambiando de sitio. Ya te lo dejo. Es que me senté aquí di-traído.

D.^a REP. No: si á mí me es igual uno que otro; pero yo quiero saber cuál es mi sitio. ¿Es este mi sitio? Pues se concluyó: este es mi sitio. Y nadie tiene que sentarse en mi sitio. ¿Qué se quema?

D. JOS. Yo no huelo.

D.^a DUL. Ni yo.

D.^a REP. Será gana de hablar que yo tengo; como siempre. Cuando nos cerquen las llamas me daréis la razón.

Libranos, Señor bendito,
Señor que en el cielo estás,
de las llamas del incendio
con las olas de la mar.
Libranos, libranos, libranos.

Cada vez que dice «libranos», señala á uno con el dedo. Si como hay tres hubiera doce, doce veces lo repetiría. Esa luz tiene pico.

D. JOS. Es verdad. Espérate. Se levanta y la arregla. Ya no tiene pico. Vuelve á sentarse.

sale Bernarda bostezando.

BER. ¡Virgen de la Paloma, qué sueño! Esta noche no doy puntada: que aguarde el delantal...

D.^a REP. Bernarda.

BER. Mande usted.

D.^a REP. Acércate á mí. Echame el aliento.

D. JOS. ¡Je, je! Doña Repelitos es el fielato: no te deja pasar ni una copa.

BER. Retirándose de ella. ¡Es mucha pensión!

D.^a REP. ¡Borrachona! ¡Pícara!

D. JOS. Mujer, si no es que bebe; es que se da friegas en el brazo, para el reuma.

- BER. No, señor; es que un *chupito* me alivia el estómago. Se sienta.
- D.^a REP. Pues chupa, chupa: luego te lo dirán de misas en el infierno...
- D. JOS. ¿Misas en el infierno, doña Repelitos? Es la primera vez que lo oigo.
- BER. No se halla usted más que sonsacando los pecados ajenos.
- D.^a DUL. Y antes que en los ajenos, debe una pensar en los propios. Esa es la verdad.
- D.^a REP. La que los tenga, como tú.
- D.^a DUL. ¿Yo? ¿Pecados yo?
- D.^a REP. Por lo menos en tu vida tienes uno, y bien grande.
- D. JOS. Mira, tú, no la martirices.
- D.^a REP. Pues que no me busque las pulgas. Se figura que va a ir al cielo con zapatos y todo, y olvida que estuvo en un convento para profesar... y luego se casó con un militarote. Ya vendrá el temblar, cuando llame a la puerta la de la cara dura.
- D.^a DUL. Si mi pecado no es más que ese, por ese voy al cielo, doña Repelitos.
- D.^a REP. No te duermas, Bernarda.
- D.^a DUL. Me casé con un hombre muy bueno, que se prendó de mí. ¿Verdad, Joseíto?
- D. JOS. Y que supo hacerla dichosa, los años que vivió.
- D.^a DUL. Y bien dichosa, ciertamente. Nada me faltaba: sosiego, bienestar, y un hijo que ha llenado mi vida durante treinta años... ¡Ay!... Dios dispuso también de él y se lo llevó de entre nosotros. Yo no protesto: lloro nada más. Pero mi vida acabó cuando acabó la suya. Todas las noches, al acostarme, pienso que aquel va á ser mi último sueño: y cuando el sol me abre los ojos por la mañana, despierto sorprendida de que todavía quiera el Señor tenerme por aquí. Por eso, doña Repelitos, no me asusta la de la cara dura, como le dices tú. Cuando llame á mi puerta, yo misma le abriré: puede que ella tiemble: yo no. Se va á llevar tan poquita cosa, y me va á dar tanto sosiego...

- D.^a REP. Pero ¿á qué viene ahora toda esa monserga? Aquí se hablaba de que ibas para monja y de que te casaste con el primero que se presentó.
- D.^a DUL. No, no, hija mía: con el primero que me quiso.
- D.^a REP. ¡Tu, tu, tu, tu! ¡Es que si yo me hubiera casado con todos los hombres que me han querido á mí, tendría á estas horas veinticinco maridos!
- D. JOS. ¡Quijota, qué barbaridad! Tendrías uno, y se te habrían muerto veinticuatro. ¡Quijota!
- D.^a DUL. Por causa de esta has soltado ya dos *periquitos*.
- D. JOS. Mis *quijotas* no son *periquitos*.
- D.^a REP. Pues lo parecen. Son *periquitos* con distras. Y la hipocresía es el peor de todos los pecados. No me coge á mí.
- BER. ¡Como que usted es aquí la única que va á ir al cielo derecha!
- D.^a REP. Aunque tú me lo digas con sorna.
- D. JOS. Que vaya, y que entre, no quiero discutirlo: que la aguanten allí, ya es harina de otro costal.
- D.^a REP. Envidia es eso y nada más que envidia. Tampoco me coge á mí ese pecadote de la envidia. ¡Uf! ¿No he de ir al cielo yo? ¡Si mi vida ha sido un puro sacrificio! María Josefa, que te gusta el dulce: pues no comes dulce hasta que á la niña se le quiten las calenturas. La niña eras tú, vejestorio. María Josefa, que te gusta vestir de colorado: pues vas á vestir de negro hasta que Luquitas llegue á Valparaiso. María Josefa, que te gustan mucho las diversiones y las tertulias: pues á la novena. ¡Me parece que la diversión de las novenas!...
- D.^a DUL. ¡Niña, niña!...
- D.^a REP. Y así un año, y otro, y otro... sin gozar de nada, sin disfrutar de nada, hasta los sesenta y siete que tengo...
- D. JOS. Sesenta y ocho
- D.^a REP. ¡Sesenta y siete! ¡Sesenta y siete años hu-

yendo de las pompas y vanidades de la vida... huyendo de los hombres!...

D. JOS. ¡Y viceversa!

D.^a REP. ¿Qué? Búrlate, búrlate. ¡Flojos tizonazos vas á ganarte tú en aquellas calderas de Barrabás!

D.^a DUL. No lo creo yo así; que ha sido muy bueno para todos.

BER. Y de sus ahorritos vivimos, á Dios gracias.

D. JOS. La verdad es que á mí no me preocupa gran cosa á donde haya de ir. Yo no he sido malo ni bueno: sólo sé que no he hecho daño á nadie, y que si algún pecadillo pesa en mi conciencia, es el de haberme gustado las faldas un poquillo más de lo natural...

D.^a DUL. Joseíto...

D. JOS. Si por esta afición mía me encajan una temporada en el purgatorio, yo no protestaré. ¡He de encontrarme allí tantas conocidas! ¡Je, je!

D.^a DUL. Joseíto...

D. JOS. ¿Qué queréis? Han sido mi flaco en este mundo. Todavía es, y cuando voy á entrar á Clases pasivas y me encuentro á alguna palomita de barrio, no puedo menos de decirle...

D.^a REP. Que te pase á la otra acera, no te coja un coche, ¿verdad?

D. JOS. ¡Je, je!

D.^a REP. ¡El demonio del viejo! Todos son iguales ¡Ay, qué hombres, qué hombres! Se levanta y, dispuesta á marcharse, dice los siguientes versos, probablemente originales.

Por la chimenea
un diablillo entró:
¡huy, qué zipizape!
¡huy, qué mal olor!
Por mujeres vino
y hombres se llevó;
que los hombres todos
del infierno son.
Cuando yo me muera,
divino Señor,

ábreme las puertas
de tu gran mansión.

A estos no; á estos no; á estos no.

Entrase por la puerta de la izquierda.

D. Jos. Confidencialmente, á las otras. Esa cree que en el cielo la van á recibir en palmitas, y se va á llevar uno de los chascos más grandes de que tenéis idea.

BER. Lo que es que ya cansa todas las noches hablar de lo mismo: que si el cielo, que si el infierno, que si la de la cara dura... Ya vendrá cuando Dios sea servido, y nos llevará á todos donde El disponga.

D.^a DUL. ¿Tú no le temes á la muerte, Bernarda?

BER. ¿Yo? No, señora. Un año la estuve llamando á gritos, y no me hizo caso ninguno.

D.^a DUL. ¿Qué año fué ese? ¿El del cólera?

BER. No, señora: peor. El que viví con mi marido: Dios lo haya perdonado.

D.^a DUL. ¡Jesús!

BER. Era mucho hombre aquel. ¡Más harta me tenía! Siempre se estaba sublevando: «¡Que viva Prim!» «¡Que viva O' Donnell!» Eso sí; era al revés que acá: no pensaba que se muriera nadie.

Oyese sonar en la calle, á alguna distancia, el violín de un músico ambulante, que á poco se aleja.

D. Jos. El ciego. Ya está ahí Luisón.

D.^a DUL. ¡Pobrecito ciego! Está aguardando la limosna, y en cuanto se la da Luisón, se marcha á otra calle.

BER. Vcy á abrirle á Luisón. Por cierto que hay que arreglar la campanilla; que si no todo el que aquí llega, tiene que echar la puerta abajo para que se le oiga. Se va por la del foro, hacia la derecha.

D. Jos. Cada día encuentro más feo el tapete de doña Repelitos.

D.^a DUL. Pero no se lo digas á ella.

D. Jos. Dios me libre. La pobre piensa que está haciendo un tapiz de la casa real... ¡Je!

Sale por la puerta del foro Luisón, seguido de Ber-

narda. Es un muchachote sombrío, desgarbado, feucho, vulgar. Viste humildemente y sin aliño alguno. Al llegar deja la capa y el sombrero sobre una silla.

LUI. Buenas noches.

D.^a DUL. Buenas noches.

D. JOS. Dios te guarde, Luisón. ¿Hace fresco?

LUI. Un poco hiela.

D. JOS. Acércate á la lumbre.

LUI. No es menester: esto está templadito. Se sienta al lado de doña Dulce.

D.^a DUL. ¿Y tu madre?

LUI. Igual; no adelanta un paso.

D. JOS. ¿Y qué haces tú que no la curas, mal médico?

LUI. Todavía no lo soy.

D. JOS. Ella te da todo cuanto tiene para que acabes tu carrera, y tú no la sabes curar. ¡Vaya un hijo!

LUI. Si no le pesaran tanto los años... Doña Dulce, ¿y su hermana de usted?

D.^a REP. saliendo por donde se fué. Aquí está la hermana. ¿Qué era eso? ¿Se hablaba mal de mí?

LUI. No, señora.

D.^a REP. Pues yo, por si acaso, venía pensando mal de todos. ¡Anda con esa! ¿Cómo sigue tu madre?

LUI. Lo mismo, doña María Josefa.

D.^a REP. Pícaros años.

D. JOS. Luisón, ¿estudias mucho?

LUI. Lo que da de sí el día, fuera de los ratos que paso aquí...

D. JOS. ¡Vaya una vida! Entre librotos y entre viejos... Así andas tú de triste.

BER. ¿Por qué no se va usted algún ratito al café ó al teatro, como hacen otros jóvenes?

D.^a REP. ¿Al teatro? ¿Para qué ha de ir al teatro? ¿Para oír lo que no debe, y ver mujerzuelas descocadas... luciéndolo todo? ¡Uf! Calla, calla, Bernarda.

LUI. No se altere usted, que no voy. Cuando tengo humor me falta dinero, y cuando tengo dinero me falta humor.

D. JOS. Humor te falta siempre.

- LUI. Soy otro viejo como ustedes. Esta noche tengo cincuenta años.
- D. JOS. Pues yo esta noche tengo veinticinco. ¡Jel! Me doblas la edad. Lo que debías tú, Luisón, era echarte una novia.
- D.^a REP. ¡El otro! ¡Qué salida!
- LUI. ¿Y quién va á quererme á mí, don Joseíto?
- D. JOS. ¡Muchacho! Yo te la buscaré.
- LUI. Soy feo, soy tosco, sin ningún atractivo personal, antipático, oscuro.. Gracias que no soy malo; que si no, el diablo no tendría por qué desecharme.
- D.^a DUL. Siendo bueno, ya le puedes gustar á alguna mujer.
- D. JOS. Sin ir más lejos, aquí tienes á mi cuñada doña Repelitos, soltera y mártir.
- Risas.
- D.^a REP. ¿Ah, sí? Enseñándole á don Joseito un alfiler. ¿Tú ves este? Pues esta noche, cuando estés dormido, te lo clavo hasta la cabecilla. Nuevas risas. No seré yo, Luisón, quien te aconseje que te cases... Las niñas de hoy en día... ¡tu tu tu tu!... de novias, que te quiero, que te adoro; pero una vez casadas... ¡tu tu tu tu! Hay mucha tunanta, Luisón, mucha tunanta. ¡Uf! ¡Yo no puedo con las tunantas!
- Silencio.
- LUI. ¿A que no saben ustedes á quién ví anoche por mis barrios?
- D. JOS. ¿Cuándo te marchaste de aquí?
- D.^a DUL. ¿A quién?
- LUI. A Gloria.
- D. JOS. ¡A Gloria!
- D.^a DUL. ¿Qué Gloria? ¿La hermana de Isabela?
- LUI. La misma.
- D.^a REP. ¡A propósito de tunantas!
- D. JOS. ¿Le hablaste?
- LUI. No.
- D.^a REP. ¡Qué ocurrencias tienes! ¡Se iba á parar el chico con una... cualquier cosa!
- LUI. Pues tentado estuve: no por ella, que ya sabemos en lo que ha caído; sino por adquirir noticias de Isabela. ¿Qué será de Isabela?

- No acierto á pensar en otra cosa desde que hallé á su hermana... Al fin y al cabo...
- D.^a DUL. Es verdad: Isabela llegó á ser casi nuestra: se hubiera casado con mi pobre Gabriel.
- D.^a REP. No hables de eso, Dulcenombre, que me horrorizo.
- D. JOS. ¿Por qué razón?
- D.^a REP. Isabela habrá corrido la suerte de la otra.
- LUI. No, señora. Isabela no es capaz de venderse.
- D. JOS. Pienso como tú. ¡Desgraciada criatura! ¿A dónde habrá ido á parar toda esa familia?
- LUI. ¡Oh! Como otra vez me encuentre á Gloria, yo le pregunto por su hermana.
- D.^a DUL. Sí, Luisón, sí: si ves á Gloria, hazlo. Yo no puedo olvidar aquel amor de mi hijo por Isabela.
- LUI. Yo tampoco.
- D.^a DUL. Era pasión, era delirio: ¿te acuerdas tú?
- LUI. Me acuerdo bien.
- D.^a DUL. Cuando él la quería tanto, es porque Isabela era buena.
- LUI. Gabriel la hubiera hecho dichosa: la habría arrancado de su casa, del lado de sus padres. Sus padres eran malos.
- D.^a DUL. Muy malos.
- LUI. Ni veían con buenos ojos los amores honrados de Isabela y Gabriel. No parecían los padres de sus hijas, sino los mercaderes de sus esclavas.
- D.^a DUL. ¡Cómo entregaron á la pobre Gloria! ¡Jesús bendito!
- LUI. Recordando eso, me espanta pensar en Isabela.
- silencio. Los otros viejos van durmiéndose poco á poco.
- D.^a DUL. Luisón.
- LUI. ¿Qué?
- D.^a DUL. Saca el retrato de mi hijo.
- LUI. ¿Para qué, si sufre usted al verlo?
- D.^a DUL. Pero gozo á la par. Se levanta Luisón, y de uno de los cajones de la cómoda saca un recorte de papel blanco que representa el perfil del hijo de doña Dulcenombre. Aquí, en esta pared es donde mejor sale. Se levanta también.
- LUI. Ya lo sé, ya. Se acerca á la pared indicada por doña

Dulce, coge el quinqué de encima de la cómoda, é interponiendo entre la pared y la luz el papel desplegado, proyecta la sombra de la persona.

D.^a DUL. Un poco más lejos... Así... Es verlo; es verlo á él... Parece que está aquí con nosotros. Ningún retrato lo evoca tan bien como esta sombra... ¡Hijo de mi alma! se aparta llorando.

LUI. ¿Qué le decía yo, doña Dulce? Guarda el papel.
D.^a DUL. ¿Por qué se llevaron su vida, llena de promesas, y dejaron aquí la mía que para nada sirve?

LUI. Misterios... No se atormente usted. La muerte parece que se complace en confundir nuestra razón.

D.^a DUL. Estos bienaventurados se han dormido. Ven acá tú, Luisón. Hazme compañía. Esta noche quiero hablar mucho de Gabriel.

LUI. ¡Esta noche! Todas.

Se sientan los dos aparte de la camilla.

D.^a DUL. Pues todas. Tú no sabes lo que yo te agradezco estos ratitos. Eres la única alma viviente que asoma por aquí, por esta especie de antesala de la otra vida. Tú, además, fuiste el amigo inseparable de mi hijo: recuerdo que lo respetabas, que hasta le temías...

LUI. Era un temor supersticioso: quizás consistía en el reconocimiento de mi inferioridad.

D.^a DUL. ¡Ah! sí, sí: valía mucho. Cuántas noches, desde aquí mismo, cuando estudiábais juntos, oía yo vuestras carcajadas porque tú no entendías alguna cosa.

LUI. ¡Tenía conmigo una paciencia!... Me explicaba una vez, y otra, y otra más... sin cansarse nunca... Como yo soy tan bruto...

D.^a DUL. Hombre, no te tires por tierra... Es que al lado de él... naturalmente...

LUI. Sí, señora, sí...

D.^a DUL. ¡Y qué figura tan hermosa tenía! Era todo á su padre. ¿Te acuerdas de su figura, Luisón? Llenaba la casa.

LUI. Sí, señora, sí...

D.^a DUL. De Isabela te hablaba á todas horas, ¿verdad?

LUI. A todas horas. Mil veces, al confiarle yo mis

murrias extrañas, mi absurdo anhelo de soledad, mi terror á la gente, al bullicio, me decía el pobre: «Luisón, hasta que no te quiera una mujer como Isabela, no te enteras tú de que vives.» Y yo le contestaba: «¿Y á mí, Gabriel, cómo ha de quererme una mujer como Isabela? Eso se queda para tí, que eres un guapo mozo.»

D.^a DUL. Y también te decía muchas veces: «Pero, hombre, Luisón, no seas bobo; paseando solo por la Moncloa ó por la carretera del Pardo no vas á encontrar novia en tu vida. Tienes que meterte donde haya muchas, buscar una entre todas ellas, cortejarla, decirle que la quieres...»

LUI. A eso no le contestaba yo nunca.

D.^a DUL. Nunca.

LUI. ¿Sabe usted por qué?

D.^a DUL. ¿Por qué?

LUI. Porque no hay más que una mujer á quien yo le hubiera dicho que la quería.

D.^a DUL. ¿Una nada más? ¿Y cuál es?

LUI. Isabela.

D.^a DUL. ¿Isabela? ¿Qué me dices, Luisón?

LUI. Isabela, doña Dulce; Isabela. Perdona usted si se me sale del alma esta noche lo que á mí mismo me había prometido callar, escondiéndolo para siempre entre las sombras de mi vida.

D.^a DUL. ¡Jesús, Luisón! Nunca me hablaste de esto.

LUI. ¿Para qué?

D.^a DUL. ¿Y á él tampoco?

LUI. A él menos que á nadie. Ni él ni ella sospecharon jamás lo que en mí pasaba. El incendio interior lo apagaba yo con el llanto de noches enteras.

D.^a DUL. ¡Pobre Luisón! Habrás sufrido mucho.

LUI. Mucho. Mientras él vivió, callando y disimulando siempre: cuando él murió, llorando más que nunca y huyendo de ella.

D.^a DUL. ¿Huyendo de ella?

LUI. ¿Pues no había de huir si sabe usted que Gabriel era como mi hermano? Me parecía tan gran ultraje al muerto pensar yo ni en

tonces ni nunca en aquella mujer, que ante el temor de que ella pudiera sospechar alguna vez mi cariño, y odiarme y despreciarme, resolví no volver á verla.

D.^a DUL. ¡Jesús, Jesús!... Me aturdes, me estremeces...

¡En el nombre del Padre, nuestro Señor!...

LUI. Ya pasó todo, doña Dulce. No se hable más de ello. Perdóneme usted. Doña Dulce se levanta y vuelve á su sitio de costumbre. Luisón se levanta también y se dirige á don Joseíto, que despierta. Don Joseíto, nuestro paseo de mañana hay que dejarlo.

D. JOS. ¿Por qué?

LUI. Porque tengo que ir á Velilla de San Antonio á ver á un sobrinillo mío.

D. JOS. Pero por la noche sí vendrás.

LUI. Por la noche, sí. Regresaré á la tarde. Sería ya demasiado trastorno que yo no viniese acá en todo un día.

D. JOS. ¡Je, je! Como que cuando llegan tus horas y te tardas, parece que nos falta algo.

D.^a REP. Despertándose. ¿Habrás visto? Esta siempre como una marmota. No te duermas, Bernarda.

BER. Bostezando. ¡Ah!... ¿Qué hora es?

LUI. La de irse Luisón. Mira su reloj. Las once menos veinte. Me voy antes que cierren la puerta.

D.^a DUL. Que se alivie tu madre.

LUI. Muchas gracias.

D.^a DUL. Oye: cuando vengas mañana para acá, cómprame una madejita de estambre de este.

LUI. Bueno. ¿Y usted, doña María Josefa, necesita algo?

D.^a REP. La ratonera que te he pedido hace dos días. Estos creen que el gato disecado espanta los ratones, y ya se me han comido un refajo.

D.^a DUL. ¡Pobre *Pepe Hillo!* ¡Buenos servicios prestó en su tiempo!

BER. Luisón.

LUI. ¿Qué se ofrece?

BER. A ver si me pasa usted esta peseta mala.

LUI. Si ya me la han rechazado en dos tiendas, ¿no se lo he dicho á usted?

- BER. Yo, porque es un dolor... La doy por lo que
quieran darme.
- LUI. Traiga: veremos.
- D^a DUL. ¡Qué paciencia tiene este pobre!
- D^a REP. ¿Hay palillos de dientes?
- BER. ¡Un celemín!
- D. JOS. ¡Lo que no hay son dientes para los palillos!
- LUI. Vaya, hasta mañana.
- D^a DUL. Si Dios quiere, Luisón.
- D^a REP. Adiós, Luisón.
- BER. Buenas noches, Luisón.
- D^a REP. Viendo á don Joseito ensimismado. ¿Qué haces tú,
Joseito? ¿Es que no cierras la puerta esta
noche?
- D. JOS. Es verdad, hija: estaba en Babia. Vamos,
Luisón, vamos. Vase con este por la puerta del
foro, hacia la derecha.

Como si la marcha de Luisón fuera el final del día en la casa, doña Repelitos y doña Dulce recogen sus labores y se las llevan. Bernarda se levanta también.

- D^a REP. No sé cuándo he de ver acabado este tapete. .
No me dejáis dar una puntada. Charlar y
y más charlar... Aquí no se piensa más que
en charlar... Y por cada palabra que se dice
de más en este mundo, tenemos siete días
de purgatorio. Vase por la puerta de la izquierda.
- BER. Pues no sale de allí, ¿verdad, doña Dulce?
- D^a DUL. Calla tú. ¡Qué vicio este de criticar en cuan-
to vuelve una la espalda! Anda á echar los
garbanzos en agua y á disponerlo todo, que
ya es hora de descansar. Se va tras doña Repe-
litos.
- BER. Cogiendo un carrete que han dejado olvidado las vie-
jas. Si una no mirara por la casa... Algún día
pedirán un carrete. Lo esconde en un cajón de la
cómoda.
- Sale don Joseito á tiempo de verla.
- D. JOS. Sonriéndose, y como si no fuera con Bernarda.

*Sacristán que vende cera
y no tiene colmenar,
raspaverum, raspaverum,
raspaverum del altar.*

BER. Ya, ya lo entiendo á usted; pero no me importa.

D. JOS. Ven acá: sostenme la silla, que voy á darle cuerda á este mozo.

BER. También es humor.

Auxiliado por Bernarda, se sube don Joseíto en una silla y le da cuerda á su compañero. Mientras dura la faena, que es larga, vuelve á salir doña Repelitos por donde se fué, echando por los rincones el último sahumero del día y tal cual bendición.

D.^a REP. Diablillo, si aquí estás,
vete con tu padre Barrabás.
Te irás, te irás.

En otro rincón.

Sí aquí estás con rabo y con cuernos
vete noramala á los infiernos.

Se marcha aprisa por el foro, hacia la derecha.

D. JOS. ¡Ajajá!

BER. ¿Me necesita usted?

D. JOS. Para nada.

BER. Voy á remojar los garbanzos. Dos cartuchos así tengo ya, nada más que de apartar un garbanzo diario.

D. JOS. No; si como hormiguita...

Se va Bernarda por la puerta del foro, hacia la izquierda. Sale doña Dulce por donde se marchó. Trae un rosario y un libro de oraciones. Mientras vuelven las otras, se entretiene en ordenar los muebles. Don Joseíto pasea. Doña Repelitos pasa con su copilla por el pasillo del foro, de derecha á izquierda.

D. JOS. Dulce.

D.^a DUL. ¿Qué?

D. JOS. ¿A cuántos estamos hoy, á veintiocho?

D.^a DUL. A treinta y uno.

D. JOS. ¿Pues no es jueves?

D.^a DUL. ¿Qué ha de ser jueves, Joseíto, si es martes?

D. JOS. Ah, ¿es martes?

D.^a DUL. San Pedro Pascasio, obispo de Jaén.

Sale doña Repelitos de nuevo por la puerta de la izquierda. Trae también su rosario y su libro.

D.^a REP. Aquí me tenéis ya. ¿Qué hacéis que no os sentais?

Se sientan los tres.

- D.^a DUL. María Josefa.
D.^a REP. Dulce.
D.^a DUL. ¿Quién lleva el rosario esta noche?
D.^a REP. Yo. Anoche lo llevaste tú.
D.^a DUL. No, que lo llevaste tú.
D.^a REP. ¿Yo? ¿Quién llevó el rosario, Joseíto?
D. JOS. Me parece que fuiste tú.
D.^a REP. Espantárame á mí que no le dieras la razón á Dulce. A Bernarda, que sale por el foro. Bernarda, anoche, ¿quién llevó el rosario?
BER. Usted. se sienta.
D.^a DUL. ¿Lo estás viendo?
D.^a REP. Bueno, pues lo llevo también esta noche; que luego tú te duermes, y se pierde la devoción, y no gano yo para sahumeros.
D.^a DUL. Sí, hija, sí; sí á mí me da lo mismo. Todo llega al cielo: no te enfades.
D.^a REP. Pues silencio ya. Se cala unas gafas dignas de ella y busca una oración en su libro.
El reloj vuelve á dar las cuatro.
D. JOS. Riéndose. ¡Je! Por dónde resuella ese ahora.
D.^a REP. ¡Schssss!
D. JOS. Me río, porque hoy ha dado ya tres veces las cuatro.
D.^a REP. ¡Silencio! Por la señal de la Santa Cruz... se persignan todos. Doña Repelitos principia á leer una oración en su libro, y los demás van repitiendo sus palabras. «Dirigid — dirigid — Dios y Señor nuestro—Dios y Señor nuestro—todos nuestros pensamientos—todos nuestros pensamientos — palabras y obras — palabras y obras—á mayor honra—á mayor honra—y gloria vuestra:—y gloria vuestra:—y vos—y vos—Virgen Santísima—Virgen Santísima—alcanzadnos de vuestro Divino Hijo—alcanzadnos de vuestro Divino Hijo—que con toda devoción—que con toda devoción... Óyense dentro varios golpes en el portón dados con viveza.
BER. Calle usted.
D.^a REP. ¿Qué pasa?
BER. Un poco inquieta. ¿No han oído ustedes? Han llamado á la puerta.
Todos participan de la misma inquietud.

- D. JOS Sí han llamado; sí.
D.^a DUL. ¿Será Luisón, que se ha olvidado algo?
 Vuelven á sonar los golpes, aún más rápidos y más fuertes. La inquietud iniciada en los viejos, crece por instantes.
- D.^a REP. No, no; ese no es Luisón.
D. JOS. ¿Quién podrá ser ahora, Bernarda?
BER. ¿Y yo qué sé, don Joseíto?
D.^a DUL. Llama quien sea de un modo tan extraño...
D.^a REP. ¿Será algún parte?
D.^a DUL. ¿Una mala noticia?
D. JOS Pero, ¿de quién? ¡Si no conocemos á nadie!...
 ¡Si nadie nos conoce!...
BER. Así no hemos de estar: yo voy á enterarme.
D.^a REP. ¡No vayas!
D. JOS ¿Cómo que no vaya? Iré yo con ella también.
 Se repiten los golpes todavía más fuertes y continuados.
- D.^a DUL. ¡Virgen mía!
D.^a REP. ¡Nuestro padre Jesús nos ampare!
D. JOS. Calma, calma... No os alarméis sin fundamento... No tembléis, por Dios... ¿No estoy yo aquí? Anda, Bernarda, ven conmigo.
BER. Vamos, vamos á ver...
 Se van los dos por la puerta del foro, hacia la derecha.
- D.^a DUL. Mira por el postiguillo, Joseíto.
D.^a REP. No abrais la puerta, aun que la derriben.
D.^a DUL. Abrazándose á doña Repelitos. ¡Ay, hermana, ay, hermana! ¡Yo tengo mucho miedo!
- D.^a REP. Con más miedo que doña Dulce. Mujer, no te pongas así... ¡Eres la única para un caso de susto!
- D.^a DUL. Mira, mírame temblar...
D.^a REP. Sosiégate, Dulce... sosiégate...
D. JOS. Dentro, lleno de asombro. ¡Isabela!
BER. Lo mismo. ¡Señorita Isabela!
D.^a REP. Asombrada también. ¿Isabela? ¿Han dicho Isabela?
- D.^a DUL. Lo mismo. ¿Isabela aquí? ¿Y á estas horas?
D.^a REP. ¡Ero ¿estamos soñando, Dulce?
D.^a DUL. ¡Animas benditas! ¿qué mal nos amenaza?
D.^a REP. ¡Isabela!... ¡Isabela!...
D.^a DUL. ¡Isabela!...

Llega esta trémula, desconcertada, llorosa, y se abraza

á las dos. La siguen, más muertos que vivos, don Jo-
seito y Bernarda.

ISAB. Isabela, sí; la pobre Isabela, que viene á
esta casa huyendo de la suya...

D.^a REP. ¿Huyendo, dices?

ISAB. Huyendo, sí, huyendo...

D. JOS. ¿Pero de quién, niña?

D.^a DUL. ¿De quién?...

ISAB. De mis padres, de mi gente, de todos... Am-
párenme esta noche... Dios me ha guiado
aquí... Ustedes son muy buenos... Esta no-
che... nada más que esta noche... Temo que
me busquen... temo que den conmigo... Am-
párenme... Yo no me voy, yo no me voy de
aquí... ¿Verdad que ustedes no quieren que
yo me vaya?

D. JOS. No, hija mía, no... Descansa, reposa...

BER. ¡Virgen de las Angustias!

D.^a REP. ¡Señor mío crucificado!... Serénate, seré-
nate...

D. JOS. Y dínos qué es esto... Pero cálmate, cálmate
antes de hablar...

D.^a REP. Cálmate, sí, cálmate...

D.^a DUL. Cálmate...

ISAB. Gracias... gracias... Dios se lo pague á uste-
des... Ahora les diré... ahora les contaré...
Pero déjenme primero que lllore... que lloro
mucho... Cae en una butaca y llora largamente.

D. JOS. Llora, alma mía, llora cuanto desees...

Los viejos la rodean atribulados, haciéndose cruces.
Baja rápidamente el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.—Es de noche. Las maderas del balcón están entornadas y encendidas las luces. En el cuarto se advierte algún desorden.

El reloj, indiferente á las leyes de la mecánica, da las cuatro como de costumbre. Después, por la puerta del foro, sale doña Repelitos copilla en mano, echando un sahumerio, desasosegada é inquieta.

D.^a REP ¡Ay, Dios mío! ¡Si me dejarán decir mi romance de las tribulaciones! Lo he empezado tres veces y no lo he acabado ninguna. Va á castigarme Dios.

Quien lo sepa y no lo diga,
quien lo empiece y no lo acabe,
en los profundos infiernos
se quedará bajo llave.

¡Ay!... ¡Es mucho día!... ¡Qué veinticuatro horas! Vamos allá, doña Repelitos, vamos allá. Se santigua tres ó cuatro veces.

Entre dos hojas de rosa
se peinaba una mujer:
era la Virgen María,
la que Madre nuestra es.
Un zagal atribulado,
llegó y le dijo á sus pies:
«Madre mía del Consuelo...»

Sale doña Dulce por la puerta de la izquierda.
D.^a DUL. En el sofá del comedor se ha quedado dormidita la pobre.

D.^a REP. ¡Vaya! ¿Quieres dejarme ahora?

D.^a DUL. ¡Ay, hermana, qué día llevamos!

D.^a REP. Pues vete acostumbrando, que aún queda el rabo por desollar. Y déjame ahora, te digo.

Entre dos hojas de rosa
se peinaba una mujer:
era la Virgen María,
la que Madre nuestra es...

Suena en la calle el violín precursor de Luisón.

D.^a DUL. ¿Oyes, oyes al ciego? Ahí está ya Luisón.

D.^a REP. ¡San José bendito! De esta me condeno, por causa de todos. Ya era hora de que viniera Luisón.

D.^a DUL. Desgracia ha sido también que pase el día lejos de Madrid.

D.^a REP. Llamando. ¡Bernarda! ¡Bernarda!

BER. Pasando de izquierda á derecha por el pasillo del foro. Ya voy, ya voy á abrirle.

D. JOS. Por la puerta de la izquierda. ¿Qué es eso? ¿Tenemos ahí ya á Luisón, no es verdad?

D.^a DUL. Ahí lo tenemos. ¡Qué entrada tan distinta de la de todas las noches!

D. JOS. El lo arreglará todo, Dios mediante.

D.^a DUL. Todo, todo.

D.^a REP. Sí; como que Luisón va á ser el unguento amarillo. Aquí se nos vendrá encima una gorda y muy gorda, y vosotros tendréis la culpa por malos pecadores.

Llega Luisón por la puerta del foro, seguido de Bernarda. Se le recibe como á un enviado del cielo. Todos le rodean con ansiedad.

D.^a DUL. Luisón...

D. JOS. Luisón...

D.^a REP. Luisón...

LUI. Pero, ¿qué sucede? ¿Qué me ha dado á entender Bernarda?

D.^a DUL. ¡Ay, Luisón, déjame que te abrace! La Virgen te envía...

- D.^a REP. ¡Ay, Luisón, la que se nos ha metido por las puertas!
- D. JOS. ¡Ay, Luisón! ¡qué noche! ¡qué día! Estas pobrecitas solas conmigo...
- BER. Todo cuanto le contemos es poco. ¡Ay, Luisón!
- D.^a DUL. ¡Ay, Luisón!
- LJI. Pero, por los clavos de Cristo, Luisón va á perder la cabeza. ¿Quieren enterarme de lo que ocurre?
- D.^a REP. ¡Friolera!
- BER. Verá usted...
- D.^a DUL. Verás tú...
- Hablan con ansiedad y vehemencia, queriendo relatar el hecho todos á la vez, quitandose la palabra de la boca unos á otros.
- D. JOS. Anoche...
- D.^a DUL. Anoche...
- D. JOS. Apenas te fuiste...
- D.^a REP. ¡Qué! ¡Si no habrías dado la vuelta á la esquina!
- D.^a DUL. ¡Si estábamos empezando el rosario!
- D. JOS. Bueno, pues de pronto...
- BER. De pronto...
- D. JOS. ¡Pum, pum, pum!... principian á dar golpes á la puerta.
- D.^a REP. Al portón: al de nuestro cuarto.
- D. JOS. Que quién será, que quién no será...
- D.^a DUL. Tú calcula: aquí no viene nadie más que tú...
- D.^a REP. Nadie más que tú...
- LJI. Bien, ¿y quién llamaba? ¿Quién era?
- D.^a DUL. ¡Ah, quien era!
- BER. No lo acertará usted.
- D.^a REP. No lo acertarás.
- D. JOS. No lo acertarás, no.
- D.^a DUL. ¡Ay, cuando te digamos quien era!
- D.^a REP. ¡Era el mundo, con todos sus pecados, que se nos colaba en la casa!
- D.^a DUL. Calla, hermana, no la culpes á ella.
- D. JOS. ¡Pobrecita!
- D.^a DUL. En el comedor está durmiendo.
- LJI. ¿Quién? Pero ¿quién?
- D.^a REP. ¡Isabela!
- LJI. Atónito. ¿Isabela?

- D.^a DUL. Isabela, sí...
- D. JOS. Isabela...
- BER. La señorita Isabela...
- LUI Isabela... Isabela... ¿Dónde está? ¿Dice usted que está en el comedor?
- D.^a DUL. En el sofá, dormida. .
- LUI. Voy á verla al instante...
- D.^a DUL. ¿No la despiertes!...
- LUI. No, no; descuide usted que no la despierto; pero quiero verla... quiero verla... Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, seguido en silencio por los viejos. Bernarda se queda en la misma puerta, esperando.
- BER. La despertarán entre todos. Y eso que cuando se ha rendido aquel cuerpo... ¡Infeliz mujer! ¡Ay qué vida! ¡qué hombres! ¡Y me quejaba yo de mi marido! ¡Angel de mi alma! En el cielo estará dándole vivas al Padre Eterno.

Vuelven los otros viejos y Luisón, al cual embarga emoción profundísima.

- LUI. ¡Jesús, Dios mío! Pero ¿qué le pasa á Isabela? Díganme ustedes... Sáquenme por Dios de esta ansiedad... ¿Por qué está aquí? ¿Qué desgracia la trajo? ¿Quién la persigue? ¿Quién la ofende? ¿Quién la maltrata?
- D.^a DUL. Verás...
- D. JOS. Verás...
- D.^a REP. ¡Ha sido un espanto!
- BER. ¡Un espanto!
- D.^a DUL. Lo que le pasa se pone en un libro y no se cree...
- D. JOS. ¡Oh! ¡Qué tragedia!
- BER. ¡Qué cosas! ¡oh!
- D.^a REP. ¡Qué asco de vida!
- D. JOS. Verás...
- D.^a DUL. Verás...
- D.^a REP. Verás...
- LUI. ¡Que hable uno solo, por lo que más quieran ustedes!
- D.^a DUL. Mira... Cuando murió mi pobre Gabriel...
- D.^a REP. Cuando empezó á tunantear la otra hermana ..

- BER. La Gloria... la...
LUI. Ya... ya estoy .. ¿Qué tiene que ver la hermana con esta? Hablenme sólo de esta...
D.^a DUL. Cuando murió mi pobre Gabriel, levantaron el vuelo...
D.^a REP. Se plantaron en Buenos Aires...
D. JOS. El padre, la madre, los cuñados...
BER. ¡Toda la gentuza!
D.^a REP. ¡Toda la patulea!
D.^a DUL. ¡Y la inocente niña con ellos!...
D. JOS. Y todo era querer que se perdiera como la otra...
LUI. ¡Oh!...
D.^a REP. Y la hostigaban constantemente...
BER. Y la obligaban á lucirse...
D.^a DUL. Y allí han vivido de la estafa, del robo...
D.^a REP. De los crímenes...
LUI. Bien, bien; no se cansen ustedes: conociéndolos, nada puede asombrarme. ¿Cuándo han vuelto á España?
D.^a REP. Hace un mes.
D.^a DUL. Hace dos.
D.^a REP. Hace un mes.
D. JOS. No seas terca: hace un mes que han vuelto a Madrid, pero á España hace dos.
BER. Esa es la verdad.
D.^a REP. Sí; si yo siempre estoy equivocada.
D. JOS. Y han vuelto, ¿te enteras, Luisón? atraídos por unos cuartillos que ha heredado un tío.
D.^a DUL. El tío William.
D.^a REP. Un herejote.
BER. Un moro.
D.^a DUL. Un salvaje.
D.^a REP. Un republicano. Como que en el brazo derecho...
D. JOS. En el izquierdo...
D.^a REP. En el derecho, tiene un letrado hecho con pólvora y con aguardiente.
BER. ¡Lástima de aguardiente!
LUI. Basta; basta... Si también me sé de memoria al tío William...
D.^a DUL. Pues en cuanto le chuparon los cuartos, á pensar otra vez en lo mismo: en la nena...
BER. En que la nena había de perderse...

- D.^a REP. En que había de tunantear como la hermana...
- D. JOS Y le buscaron un cortejo de mucha bambolla...
- BER. Un tal Paco Revuelta...
- D.^a REP. Un baratero...
- D.^a DUL. Un majo...
- D. JOS. Un hombre sin entrañas...
- D.^a DUL. ¡Y una de convites!...
- D.^a REP. ¡Y una de regalos!...
- BER. ¡Y una de comilonas!...
- D. JOS. Y todos, en que había de quererlo...
- D.^a DUL. Y ella que no, y que no.
- D. JOS Y un día le dijo... le dijo ..
- D.^a REP. Le dice...
- D.^a DUL. Le dijo...
- D. JOS. ¡Callad! Le dijo:—Primero arrancaré piedras con los dientes que quererlo á usted.
- D.^a REP. Lo mismo hubiera dicho yo.
- D.^a DUL. Y anoche, ¿sabes?...
- D. JOS Anoche estaban todos borrachos allá en la casa...
- D.^a REP. ¡Con una escandalera!...
- BER. ¡Unas palabrotas!
- D.^a DUL. ¡Una de *periquitos*!
- D. JOS ¡Y tramaban algo muy grave!...
- D.^a DUL. ¡Muy grave!...
- D. JOS. ¡El secuestro; una violencia!... ¡vaya usted á saber!
- D.^a DUL. Y ella, ¿tú comprendes? se metió en su cuarto... arrojó un hatillo...
- D. JOS Y sin que nadie la sintiera se plantó en salvo.
- BER. Se escapó.
- D.^a REP. Se escapó.
- D.^a DUL. Y anduvo por esas calles llorando sola...
- D. JOS. Hasta que se acordó de nosotros...
- D.^a REP. Y no vaciló entonces.
- BER. Y aquí llegó.
- D.^a DUL. Y llamó á nuestra puerta.
- D. JOS. Y la recibimos con los brazos abiertos.
- D.^a REP. Y ahí está desde anoche.
- BER. Y hoy ha venido la otra, ¡la hermana!...
- D.^a REP. ¡La lagarta! ¡Dejó un tufillo á jabón de lujo! ¡Uf!...

- D.^a DUL. ¡Y el padre ha estado rondando la calle!...
- D. JOS. ¡Y uno que debe de ser el que la quiere!
- LUI. ¿Sí?
- D.^a DUL. Y nos han mandado una carta sin firma...
- D.^a REP. Escrita con tinta colorada...
- D.^a DUL. En que dicen que somos unos secuestradores...
- D. JOS. Y que el juez va á venir...
- BER. Y que vamos á salir en los periódicos...
- D.^a DUL. Ay, ay, ay...
- D. JOS. ¡Ay, Luisón!
- D.^a DUL. Tranquilízanos tú; consuélanos tú. Mira que á mí, al menos, ya me faltan los ánimos.
- D. JOS. Y á mí.
- BER. Y á mí.
- D.^a REP. Y á mí.
- Sucesivamente, y en prueba de ello, van dejándose caer en la silla ó butaca que hallan más cerca. A poco vuelven á levantarse, atraídos por la extraña actitud de Luisón.
- LUI. Ensismado. ¡Cuánto dolor hay en la vida! Si á los unos nos hirieran siempre las penas de los otros, huiría la dicha de la tierra. ¡Pobre Isabela! Bien hiciste en venir á esta casa. Pasea, azariciando sus pensamientos y ajeno en absoluto á los viejos, que se miran atónitos y lo miran á él sin comprender enteramente su actitud.
- D. JOS. ¿Que dices, Luisón?
- LUI. He pensado tanto en tí, que por fuerza había de atraerte.
- D.^a REP. ¿Qué dices, hombre?
- BER. ¿Qué dice usted?
- LUI. Parece que la vida sabe que eres fuerte, y quiere probar el temple de tu alma... No hay dolor, no hay miseria humana, que tú no conozcas...
- D.^a DUL. Es verdad, es mucha verdad... Escucha.
- D.^a REP. Oye.
- LUI. ¡Ay, si yo tuviera en mi mano el hacerla dichosa!
- D. JOS. Pero ¿qué dices?
- LUI. Téngalo ó no, mi deber es ampararla, defenderla.
- D. JOS. ¿Ampararla, verdad?

- BER. Defenderla, eso; defenderla.
LUI. Ese es mi deber, es mi deber: sacarla del fango en que vive, del foco en que respira... Es mi deber, es mi deber...
D.^a REP. Pero ¿es que te has vuelto loco, Luisón?
D.^a DUL. Interpretando la actitud de Luisón. No, no se ha vuelto loco.
LUI. No, no me he vuelto loco: dice bien doña Dulce... Lo estoy, lo estaba hace mucho tiempo por esa mujer...
D.^a REP. ¿Por quién?
D. JOS. ¿Por Isabela?
D.^a REP. ¿Tú?
BER. ¿Usted?
LUI. Yo, sí, yo... ¡Silencio, por Dios vivo!.. La quería, la quise, la quiero más que á mi propia vida. Ha sido esta una pasión insensata que Dios ha infundido en mi alma sin duda para advertirme de que la tengo... Pero que Isabela no lo sospeche; que no lo sepa... Nada le digan... Por la memoria de Gabriel se lo pido á todos. Estoy desconcertado, confuso... Se me figura que el destino la pone en mi paso otra vez... Y yo debo defenderla de quien la ultraje con todas mis fuerzas, con toda mi alma... Pero temo que adivine mi pasión, que la conozca, que no la comprenda, que á pesar suyo me tenga lástima, me compadezca, me desdeñe... sería de mi. Silencio... silencio... que no lo sepa nunca.
D.^a DUL. ¡Ay, pobre Luisón! Cálmate...
D.^a REP. Sosiégate...
D. JOS. No te pongas así...
BER. ¿Le hago un poco de tila?
LUI. No, no... ¡qué disparate! Perdónenme ustedes. Ha sido un arrebato, un momento... No fui dueño de mí. Pero ya pasó. Coge su sombrero.
D.^a REP. ¿Dónde vas?
D. JOS. ¿Dónde vas ahora?
BER. ¿Se va usted á la calle?
D.^a DUL. ¿Vas á abandonarnos, Luisón?
LUI. ¿Qué he de abandonarlos, doña Dulce?

- D.^a DUL. No, por Dios.
LUI. No voy más que al café de la vuelta. Allí seguramente estará este señor... —Don Jo-seíto lo conoce—Romero, mi vecino.
- D. Jos. Ah, sí.
LUI. Con él le mando á decir á mi madre que me recogeré más tarde esta noche; que no pase cuidado. Y en seguida volveré con ustedes, y de aquí no me moveré hasta que se aquie-ten esos ánimos, y la puerta se cierre y desaparezcan las sombras chinescas de la calle.
- D.^a DUL. ¡Ay, qué bueno eres, Luisón!
D.^a REP. ¡Pero qué bueno!
LUI. Con que, hasta ahora.
D. Jos. ¿No tardes, eh?
LUI. No tardo, no.
REP. Yo voy tras él, y atranco el portón en cuan-to salga. ¡Jesús, Jesús!
- D.^a REP. Sí, hija, sí: hay que vivir con el ojo alerta. Por la puerta del foro se marcha Luisón, hacia la de-recha, seguido de Bernarda.
- D.^a DUL. Pues yo voy allá, no despierte la niña y se encuentre sola. ¡Virgen mía de los Desam-parados! Entrase por la misma puerta, hacia la iz-quierda.
- D. Jos. La quiere... la quiere... ¿Quién había de pen-sar?... El Señor nos valga. Vase por la puerta de la izquierda, hablando solo.
- D.^a REP. ¡Ay, Virgen del Consuelo! Ahora sí que digo yo mi romance. Vuelve á santiguarse varias veces, y en efecto, dice su romance de cabo á rabo.

Entre dos hojas de rosa
se peinaba una mujer:
era la Virgen María,
la que Madre nuestra es.
Un zagal atribulado,
llegó y le dijo á sus pies:
«Madre mía del Consuelo,
conmigo á mi choza ven.
Malita está la mi madre
y la mi hermana también,

y el perrito que nos guarda:
malitos están los tres.»
Dejó la Virgen sus peines
para peinarse después,
y así le dijo al mancebo:
«Contigo á tu choza iré.»
Caminando va la Virgen,
caminando va con él,
y jazmines y azucenas
salen donde pone el pie.
Ya llegaron á la choza;
ya á los desdichados ve;
ya en sus manos de un arroyo
agua les da de beber.
Ya sanó la pobre vieja;
sanó la niña también,
y el perrito que los guarda:
sanitos están los tres.
Madre mía del Consuelo,
hoy en nuestra ayuda ven:
ven y ampara con tu manto
á quien sierva tuya es.

Se dirige primero á un rincón y luego á otro, después de coger su copilla, y en cada uno dice una de las estrofillas siguientes:

Diablejo,
vencejo,
cara de conejo,
para que te vayas
hago yo la cruz
en el santo nombre
nombre de Jesús.

Diablote,
feote,
cara de herejote,
para que te vayas
hago la cruz yo
en el santo nombre
nombre del Señor.

Tras, tras.
¿Quién es?
El demonio
Lucifer.

¡Pues acá no lo queremos:
váyase vuestra merced!

De repente llega Bernarda por la puerta del foro.

BER. Doña Repelitos.

D.^a REP. ¿Qué hay?

BER. Que llaman á la puerta.

D.^a REP. ¿Quién? ¿El demonio?

BER. ¿El demonio?

D. JOS. Saliendo por donde se fué. ¿Han llamado, verdad?

BER. Sí, señor: eso estaba diciendo. Un caballero que pregunta por la señorita Isabela.

D.^a REP. ¿Le has abierto, quizás?

BER. ¡Al instante! He hablado con él por la mirilla. Me ha dicho su nombre... ¿Cómo me ha dicho que se llama?... El apellido es muy extraño. El nombre es don Florencio...

D. JOS. ¿Don Florencio? ¿Don Florencio Villaviciosa?

BER. ¡Eso mismo!

D.^a REP. ¡Su padrino! ¿No es ese?

D. JOS. ¡Cabal! Su padrino en persona. Ella le ha escrito hoy una carta. ¡Lo que va á alegrarse! Es un señor muy bueno y muy rico, casi millonario, que protegió á su familia en otros tiempos... Anda, Bernarda, corre y hazlo pasar en seguida.

BER. Sí, señor; sí, señor... Vase á ello.

D. JOS. Y tú, María Josefa, avísale á la niña. Despiértala; dile la visita que tiene.

D.^a REP. Voy, voy. Y de paso me arreglaré un poquillo; que está una hecha una facha. Vase por la puerta de la izquierda.

D. JOS. ¡Ay qué fortuna que ese buen señor haya venido! ¡Qué fortuna! Lo que siento es que ni esta pobre casa ni yo estamos para recibir personajes. Tratando de poner en orden los muebles del cuarto. Todo sea por Dios. El nos dispensará...

- ISAB. Dentro, hacia la izquierda. ¡Padrino! ¡Padrino! Sale por la puerta de la izquierda. En la del foro aparece en esto el tío William. Al verlo, da un grito de rabia. ¡Ah!
- D. JOS. ¿Qué?
El tío William viene mal vestido. Trae un gabán parado, de ancho cuello, que casi le llega á los pies. En la mano estruja un sombrero flexible. Su rostro es velazquino; la tez morena, requemada del sol. Los cabellos grises y revueltos; las barbas, que debieran ser blancas, amarillentas del tabaco; la boca con escasos dientes. El piensa que su figura es venerable, y es truhanesca.
- WILL. ¡Yo no soy don Florencio Villaviciosa! ¡Eso salta á la vista!
- ISAB. Con ira. Pues como á don Florencio Villaviciosa es á quien se le ha dicho que pase, está usted aquí de más.
- D. JOS. Estupefacto ante lo que ve. ¿Qué dices, niña? ¿No es quien tú esperabas?
- ISAB. ¿Qué ha de ser!
- D. JOS. Ya me parecía á mí que lo que es millonario...
Pasa Bernarda por el pasillo del foro, de derecha á izquierda, mirando recelosa.
- WILL. ¡Yo no soy don Florencio Villaviciosa! ¡No, señor! ¡Ni ganas! Porque si yo fuera don Florencio, personaje de rango y tal, estaría á estas horas dándome golpes de pecho en una sacristía, en vez de estar aquí luchando por la justicia de la tierra. ¡All right! (1).
- ISAB. Bueno, basta. ¿Qué tiene usted que hacer en esta casa? ¿A qué viene á ella?
- WILL. ¡Por tí vengo!
- ISAB. ¿Por mí?
- WILL. ¡Por tí! Primero por el ruego; después por la ley; si no, por la fuerza.
- ISAB. Pues ni oigo el ruego, ni le temo á la ley, ni menos á la fuerza. ¡Váyase usted, tío William!
- WILL. Muy pronto lo has dicho, mariposa.
- D. JOS. El tío William... ¿Es el tío William este?
- WILL. Para servir á usted, mi amigo: William Ta-

(1) Pronúnciese *ol rait*.

lavera de Ferrada. Me llaman William porque mi mujer era inglesa. Bueno... ni era inglesa, ni era mi mujer—hablando de hombre á hombre. El matrimonio es una necesidad de los países salvajes. Talavera soy por culpa de papá, Ferrada por culpa de mamá, Hinojosa por culpa de abuelito y Castaño por culpa de abuelita.

D. JOS. Y disponiendo de tantos apellidos, ¿cómo se vale usted de uno ajeno para entrar aquí?

WILL. Porque yo sabía de memoria, señor y dueño mío, que al llamar á esta puerta no me servirían sino de estorbo el William, y el Talavera, y el Ferrada, y el Hinojosa, y el Castaño, y todo el árbol genealógico, que acaba en mí y comienza en Miguel Talavera: el que le dió la mecha á Hernán Cortés para quemar las naves. *¡All right!*

D. JOS. ¿Y qué necesidad tenía usted de haber venido?

WILL. ¡La de reclamar á una mujer secuestrada!

D. JOS. ¡Hola, hola! ¡De usted es el anónimo!

WILL. ¡Yo no escribo anónimos, señor mío! Lo que tengo que decir lo digo cara á cara: lo mismo á usted, que á una familia de leones en la selva. Repito que esta señorita está secuestrada, y por ella vengo. Y no me iré de aquí sin ella.

D. JOS. ¡Ay, Dios del cielo!... Luisón... si llegara Luisón...

ISAB. No se asuste usted, don Joseíto... Tío William, márchese usted donde no le veamos: mire usted que puede venir quien lo abofeteé y lo arroje por las escaleras.

WILL. ¿Amenazas? ¿Amenazas á mí? William Talavera, ¿tú oyes esto? Por fuerza has olvidado, pichona, quién es el tío William. El tío William no conoce el temor ni ha temblado nunca. Tengo la independencia indómita del aire: encuentro en mi camino una flor, y arrullo; encuentro una roca, y bramo. ¡Ese es el tío William!

D. JOS. ¡Por vida de!... ¿En dónde están mis veinte años?

WILL. ¡Amenazas á mí! ¿Qué podrá arredrarme en el mundo? Yo, señor mío, me he visto entre el cielo y el mar, agarrado á una tabla, y he ido insultando al mar, y al cielo, y á la tabla, y pidiendo un rayito que me partiera. Así, con esta sorna: un rayito. Y vienes tú, muchachuela mal criada y arisca, á querer infundirme espanto con tus amenazas pueriles... ¡Vamos, hombre! Si soltara yo la carcajada que me baila en el cuerpo, habría temblor de tierra.

Doña Dulce, doña Repelitos y Bernarda, asoman mientras tanto á la puerta del foro, llenas de curiosidad y temor. Cuchichean, y se retiran haciéndose cruces, escandalizadas: Bernarda, hacia la derecha, las otras dos hacia la izquierda.

ISAB. Mire usted, tío William: cuanto hable, cuanto diga, cuanto grite, es inútil: de aquí nadie me arrancará. Me defenderé como una fiera.

WILL. ¡Pues como fiera te trataremos, qué puñales! ¿Es que no hay más que porque sí abandonar una casa, dejar á unos padres? ¡No, pimpollo! ¿Qué te has creído tú? Mientras ha habido que comer, á la sopa boba en casita, que para eso ha heredado el tío William unos reales. Se acabó el dinero, y sin más ley que tu capricho, ahí te quedas, tío William; ahí te quedas, casa paterna; ahí os quedáis todos; moríos, si tenéis humor de morir; que yo sacudo las alas y echo á volar, porque me entran ganas de cruzar los aires. ¡No, paloma, no; eso no; te digo que no! ¡que no!

ISAB. ¡Y yo le contesto que sí y que sí! ¡Asco me da de oirlo! ¡Mal hombre! ¡mala bestia! ¿Qué le debo yo á usted si no son consejos que agravian, insinuaciones que sonrojan? ¡Quítese de mi vista ya, ó puede que salga perdiendo! Mire que siento arder mi sangre; mire que si usted se cree fuerte por haber desafiado al mar y al cielo, y se figura que se ríe y estremece al mundo, todavía soy yo más fuerte que usted.

WILL. ¿Pues qué eres tú, muñeca?

- ISAB. ¡Una mujer que defiende su honra!
- D. JOS. Eso... eso... Ya lo oye usted...
- WILL. Soltando una carcajada indescriptible. ¡Ja, ja, ja!
¡Muy bonito! ¡muy bonito! ¡Un aplauso á la niña! William Talavera, ¿tú oyes esto? ¡Me caso con la Biblia! ¡Me caso con el catecismo de Ripalda!
- D.^a REP. Saliendo por la puerta de la izquierda oportunamente y retirándose de nuevo horrorizada. ¡Ave María Purísima!
- WILL. Volviendo la cara sorprendido. ¿Eh? ¡Alharacas! ¡Desplantes! ¡Gritos á mí! ¡a mí, que enfrente al Niágara me puse á recitar en inglés unos versos de Shakespeare, y no se oía al Niágara! ¡Ja, ja, ja!
- D.^a REP. Volviendo á salir por la misma puerta, asustadísima. Joseíto... aquella está dando diente con diente...
- D. JOS. ¿Dulce?
- D.^a REP. Sí
- WILL. Beso á usted los pies, señora mía
- D.^a REP. ¡A mí no me besa usted nada! ¡Herejote! ¡Masón! Se marcha precipitadamente.
- WILL. ¿Qué es esto?
- ISAB. Esto es que ha venido usted á escandalizar esta casa, y que se puede ir ya noramala donde bien le parezca, para no acordarse más del santo de mi nombre.
- WILL. Pero ¡voto va! ¿Hablo yo en griego, golondrina? ¿No he dicho que sin tí no me voy?
- ISAB. ¿Y no le he contestado yo que es empeño inútil?
- WILL. Harás que apele á la violencia, que pierda los estribos, que te obligue... que te...
- D. JOS. Interponiéndose. ¡Alto allá! Viejo y todo, aún puedo defender á esta pobre niña. ¡Váyase de mi casa ahora mismo, señor ladrón, señor bandolero!
- WILL. Paso, paso, señor de los cabellos blancos..
- BER. Presentándose por la puerta del foro, en un arranque de valor. ¡Ea, ea, ya me cansé yo de escuchar voces! ¡Basta de escandalera! ¡A la calle, á la calle, señor de... como quiera que le digan!

- WILL. ¿A la calle? ¿A la calle? ¿Y quién lo ordena, mi señora?
- BER. Yo; Bernarda; la criada de la casa, que tengo una pareja prevenida en la esquina, para llamarla por el balcón si usted no obedece. ¡No faltaría más!
- D. JOS. Muy bien hecho, Bernarda; muy bien hecho...
- WILL. ¿Con que muy bien hecho? ¿Con que una parejita? ¿Y usted pretende intimidarme con una parejita de orden público? ¡Ja, ja, ja! Mostrándole distintas cicatrices, en la frente, en el cuello y en los brazos. Mire usted: del sesenta y ocho. Mire usted: del setenta y tres. Mire usted: del setenta y cuatro. Y por urbanidad no enseño las honrosas cicatrices del setenta y cinco y del setenta y seis... Pero, en fin, ¿se quiere la guerra? ¡Pues habrá guerra! Con bandera de parlamento me presenté, y se me recibió á balazos. ¡Habrá guerra! ¡Y dura, dura! ¡Sin cuarte! ¡Mal enemigo soy! En Cuba incendié un ingenio yo solo: ¿qué trabajo me costará incendiar estas cuatro paredes, que por lo secas y podridas arderán como paja? ¡Y ya cuidaré yo de no hacerlo en sábado, para que no les coja en el aquerlarre á todas las brujas que aquí viven! ¡Maritornes de la casa, puede usted avisar incluso á Viriato; tórtola inocente, no será la última vez que nos veamos las caras; venerable e. tantigua, abur! ¡William Talavera, vente tú conmigo! ¡*All right!* Vase de estampía por la puerta del foro. Bernarda lo sigue.
- BER. ¡Jesús, Jesús, Jesús!...
- Por la puerta de la izquierda sale en esto otra vez muy atribulada doña Repelitos y se va en seguida.
- D.^a REP. Joseito, Bernarda; por la Virgen María... venid allá, que Dulce lo ha oído todo y está como yo no la he visto nunca...
- D. JOS. ¡Válgame el Señor! Allá voy, allá voy...
- ISAB. ¡Pobre doña Dulce! ¡Pobres todos ustedes! ¿Qué mal viento me trajo á esta casa? Llega Luisón por la puerta del foro, anhelante y lleno de ansiedad. Al ver á Isabela, se dirige á ella con emoción vivísima. ¡Luisón!

- LUI. ¡Isabela!
- D. Jos. ¡Luisón!
- LUI. ¿Qué es esto? Dime: ¿á qué ha venido aquí ese hombre?
- D. Jos. A escandalizar, á insultarnos á todos, valido de que somos débiles.
- LUI. ¿Te ha ofendido?
- ISAB. ¿Y qué había de hacer más que ofenderme? Me ha hecho llorar... me ha hecho temblar de ira...
- LUI. ¡Oh! ¡Canalla! Corre hacia el foro.
- ISAB. Estorbándole el paso. ¿A dónde vas? ¿Qué intentas? Déjalo, déjalo...
- D. Jos. Déjalo, hijo mío... No te apartes ya de nosotros... Quédate aquí... Consuela tú á Isabela... tranquilízala... Yo voy á ver qué tiene Dulcenombre... ¡Allá voy, María Josefa, allá voy! ¡Bernarda! ¡Bernarda! ¡Ven alla dentro, ven!... ¿En qué te hemos ofendido, Señor de los cielos? Marchase por la puerta de la izquierda.
- BER. Cruzando de la del foro á la de la izquierda, por donde se va tras don Joseito. ¡Pero en esta casa ha entrado el diablo! ¡Allá voy, allá voy!...
- ISAB. Pausa. Isabela llora en silencio. Luisón la contempla. ¿Ves, Luisón, ves? ¿Por qué es esto? ¿Por qué me siguen donde quiera el desorden, la lucha, las lágrimas? ¿Por qué he venido yo á turbar la paz bendita de estos viejos?
- LUI. Porque tú eres la vida, Isabela; porque contigo viene la vida, y la vida es pasión, pasión... ¡pasión! Dice esto mirándola embelesado y dejando asomar á sus ojos toda la que siente por ella.
- ISAB. Es que si la vida fuese para todos como para mí, no habría más que desesperados. Ya me rindo; ya no me van quedando fuerzas ni aun para llorar. Donde quiera que voy, parece que un vendaval de dolores me sigue. Por donde paso dejo rastro de lágrimas. Aquí no llevo un día, y he traído á esta casa un infierno. Me iré, me iré también de aquí, para que todos descansen, para llorar yo sola... para arrancarme la memoria de estas vergüenzas... para olvidar...
- LU. ¿Para olvidar, dices? ¿Crees tú que olvida-

rias?... Cuando tanto se sufre, Isabela, no es fácil olvidar...

ISAB. ¿Lo sabes tú, Luisón?

LUI. Lo sé. Jamás fué el olvido remedio para las heridas de mi alma. Pude creer que acaso iban cerrándose, y por bajo de la mentida cicatriz, siento de pronto que manan sangre á borbotones.

ISAB. No te entiendo, Luisón...

LUI. ¿No me entiendes? ¡Desdichado de mí! ¿Tan bien disimulo ó tan indigno soy de que tú lo veas?

ISAB. ¿Cómo?

LUI. ¿Es que ni antes ni ahora, en un solo momento de mi vida, ha salido á mis ojos una chispa de este fuego interior que me consume? ¿Tan en mis entrañas lo encerré que no lo delató jamás una lágrima, ni un gesto, ni un suspiro? Con pasión desbordada. Pues bien: ya rompe la horrible cárcel del silencio; ya estalla; ya no puede vivir aprisionado. Juré callar toda mi vida, y también quebranto el juramento, frágil y baldío como cosa humana. Quizás juré porque no sospechaba que iba á volver á verte.

ISAB. Luisón, me inspiras miedo...

LUI. ¡Miedo! ¡miedo!... ¡Por Dios que no es miedo lo que te quisiera inspirar! Te quisiera inspirar lo que tú me inspiras á mí desde que mis ojos te vieron: ¡y eso que te vieron mirando á otro hombre!

ISAB. Calla; no me recuerdes...

LUI. ¿Pero no has oído que no puedo callar aunque me empeñe en ello? Hoy es día de hablarlo todo, Isabela: hoy me has de escuchar. No me digas que no, porque no quiero desobedecerte. Ni escapes de aquí, porque te seguiría á donde fueras. Te ví y te quise; te oí y te quise más; quisiste tú, adoraste á mi amigo, á mi hermano, y los celos, y la envidia, y la pena, acrecentaron mi pasión, cada vez mas frenética, cada vez más grande, pero cada vez más oculta. El pobre Luisón, feo de cara y de cuerpo, vulgar en la vida,

se avergonzaba de que la adivinases tú; se espantaba de que la sospechase él... Ocurrió su muerte desgraciada, te fuiste de aquí, no volví á verte... y sin embargo, la luz de aquel cariño tan puro, tan solo, tan callado, alumbró mis horas más tristes... Y esa pasión, Isabela, inspirada por tí, por tus ojos negros, por tu cuerpo divino, por tu alma generosa y fuerte, esa pasión ha sido mi orgullo: primero, porque supe esconderla, cuando hubiera sido maldad ó flaqueza mostrarla; después, porque supe abrazarme á ella y vivir con ella, sin esperanza de que jamás llegara este momento. Así, cuando los demás me compadecían por oscuro, por insignificante, por simple te, yo me asomaba dentro de mí, y me consideraba más alto, más grande, más noble que ninguno, con sólo quererte de esta manera que te quiero.

ISAB. Luisón, calmate. Te pido que te calmes. Nunca pude imaginar que tú me querrías, y al oírte, al escuchar cuanto me has dicho—temblando estoy—se confunden mis sentimientos y mis ideas. Empezaste por darme miedo... y has concluido por darme lástima.

LUÍ. ¿Lástima? ¿Lástima, Isabela? ¡Nada podía dolerme más! ¡Lo temí; lo sabía; era mi pesadilla constante!... ¡Tu lástima! ¡tu lástima!...

ISAB. Entiéndeme, Luisón; no delires. Me inspira lástima tu gran sufrimiento. Bien pudiste enamorarte de otra mujer, y ser dichoso.

LUÍ. También pude nacer de más noble hechura, y quererme tú.

ISAB. ¿Yo, Luisón? Tú conoces mi vida. Desde niña ligada á Gabriel, sólo para Gabriel había de ser. Me lo robó la muerte; sobre su cuerpo frío, en esta misma sala donde estamos, lloraron mis ojos las primera lágrimas del amor... y con él se fueron bajo tierra. Y óyeme, Luisón, óyeme: su recuerdo, su santo recuerdo, ha sido mi defensa, mi escudo, en las batallas de mi vida. Sin él, quizás habría caído ó rendida ó desesperada.

- LUI. ¡No!
- ISAB. ¡Sí! Cuando dices que no, no sabes tú lo que empujan la miseria y el hambre. Su recuerdo, sólo su recuerdo me ha hecho fuerte. Por él he despreciado á los demás hombres; por él he sido y soy honrada.
- LUI. ¡Bien, Isabela, bien: y ojalá viviera quien tanto te quiso y á quien tanto quisiste! Si no es sincero esto que digo, haga Dios que nunca más te vea. Pero si Dios se lo llevó de entre nosotros, ¿por qué ese mismo Dios te pone otra vez delante de mí? ¿Por qué me dió corazón para sentir esta pasión que siento?... Compréndelo, Isabela: es inexorable ley de la vida. La tuya sigue su andar turbulento y desordenado; la mía sigue su marcha serena, silenciosa y triste. Y las dos vidas se hallan frente á frente de nuevo, y el desorden y turbulencia de la tuya llegan a mí, y me conmueven y sacuden; y quisiera yo, que lo más puro, que lo más bueno de la mía llegase á tí igualmente, y calmara tu corazón y tu pensamiento, y templara tu sed de horas tranquilas... Lloro.
- ISAB. Dime, Luisón: ¿y no temes que al acercarte apasionado á mí, una voz misteriosa de allá lejos pudiera helar la sangre en tus venas?
- LUI. ¡No! He oído esa voz muchas veces, y nunca me ha dicho más que esto: «¡Búscala, hermano, búscala! ¡No la dejes rodar por el mundo! ¡Llévala contigo: hazla dichosa!»
- ISAB. ¿Eso te dice, Luisón?... ¿Eso te dice?... Estremeciéndose de improviso con supersticioso terror. ¡Ah!
- LUI. ¿Qué tiene?
- ISAB. ¿No has oído?
- LUI. Yo no.
- ISAB. Yo sí... Vete... déjame... Nos escucha... ¡Ay, madre mía!
- LUI. Pero ¿qué dices? Estás alucinada. Serénate, mujer, serénate.
- ISAB. Sí, sí... Ya pasó. En estos estados del alma... ¿quién puede evitar?... Pero déjame, déjame... No quiero seguir hablando de eso.. Déjame.

- LUÍ. Te deajo, sí. Aún te dura el temblor, el miedo...
- ISAB. Aún me dura.
- LUÍ. ¿Temes que Gabriel nos escuche?
- ISAB. No es que lo tema; pero un instante lo he creído.
- LUÍ. Balbuciente, casi al oído de ella, con lágrimas de ternura en la voz. Pues oye: por si nos escucha, yo te digo que te quiero con toda mi alma; que la sangre de mis venas late y circula porque este cariño le da ser; que deseo tu dicha en la vida; que si las espinas que te punzan fueran cosa material y tangible, yo las arrancaría una por una de tu corazón para clavarlas en el mío; que si alguna vez la alegría oreá tu alma y la risa asoma á tus labios y hermosa sea tu cara, no te acuerdes, si no quieres, del pobre Luisón; pero que si el dolor no se cansa de herirte, y tus ojos vuelven á llenarse de lágrimas, lo llames á tu lado; que él sabrá enjugárlas tal vez... aunque tú dejes que las tuyas le quemén el rostro...
- Silencio. Isabela lo mira dulcemente.
- ISAB. Luisón, Luisón... ¡qué consuelo me dan tus palabras en esta soledad en que me veo!
- LUÍ. ¿De veras?
- ISAB. No te vayas, no; no me abandones... Háblame así. Nadie pensó que me quería... y me quieres tú. Dios te pague ese cariño, Luisón...
- LUÍ. Me lo estás pagando tú, Isabela, con decirme que no te deje... de ese modo que me lo has dicho. Isabela, alma mía, no llores más; no te atormentes... Abramos paso a la razón en medio de estos delirios de mi amor insensato... Con suprema delicadeza. ¿Quieres tú venir á mi casa? ¿vivir con mi madre?
- ISAB. ¿Con tu madre?
- LUÍ. Con mi madre, sí. Yo soy capaz, mirando á tu bien sólo, de cambiar en mi corazón esta pasión viva por el afecto que me pidas tú. Seré tu amigo; seré tu hermano; seré lo que tú quieras... Y si alguna vez... si alguna vez .. ¡Pero, no, no; de esto no quiero hablarte

ahora! ¡Seré lo que tú quieras! Isabela, yo te juro que velaré tu sueño, sin que un sólo pensamiento de enamorado pase por mi frente.

ISAB. Luisón... eres aún más bueno y más generoso de lo que yo sabía.

LUI. Ven á mi casa, ven: vive con mi madre...

ISAB. Haz de mí lo que quieras, Luisón...

LUI. Súbitamente exaltado por la alegría. ¿Qué?

ISAB. Lo que quieras; sí.

LUI. ¡Oh! ¿Qué me has dicho, Isabela? ¿Qué me has dicho? No te arrepentirás de lo que me has dicho?

ISAB. ¡Nunca! No temas.

LUI. ¿Nunca, verdad?

ISAB. ¡Nunca! ¿Cómo he de arrepentirme, Luisón?

¿No ves que tú sólo, desde hace mucho tiempo, me hablas en un lenguaje que yo pensé que jamás volvería á sonar en mis oídos de boca de los hombres? Mi alma tiembla escuchándote y se estremece de gratitud. . Tus palabras no son palabras: son caricias... ¿Y ves este llanto que brota en mis ojos? Pues no es fuego: es rocío...

LUI. ¡Alma de mi alma! Yo también temí que jamás escucharía de boca de mujer lo que acabo de escuchar de la tuya.

ISAB. Pues ahora...

LUI. ¿Ahora, qué?

ISAB. Ahora... déjame descansar.

LUI. Sí.

ISAB. Necesito reposo. Estoy muerta.

LUI. ¡Pobrecita mía! Pero mañana...

ISAB. Mañana, sí.

LUI. Vendrá mi madre á recogerte.

ISAB. No es preciso: iré yo.

LUI. Vendrá ella.

ISAB. Lo que tú digas. Adios, Luisón. Eres bueno, eres bueno...

LUI. Mientras no quieras tú que sea malo.

ISAB. Nunca.

LUI. Pues nunca.

ISAB. Hasta mañana.

LUI. Hasta mañana.

ISAB. Adiós. Entrase por la puerta de la izquierda.
LUI. Frenético de alegría. ¡Dios mío! ¿Qué pasa por mí? ¡Si me parece que soy otra persona! Pero ¿es posible que alguna vez esté la dicha tan cerca de nosotros y no la sintamos llegar? ¡Qué contento voy á darle á mi madre! ¡Que júbilo van á tener estos pobres viejos! Llamándolos á voces. ¡Don Joseíto! ¡Doña Dulce! Vivir con ella... vivir junto á ella... ¡Doña Repelitos! Vivir para ella... Oírla, verla, hablarle á todas horas... ¡Doña Dulce! ¡Don Joseíto!

Doña Dulce y don Joseíto salen por la puerta de la izquierda y por la del foro Bernarda y doña Repelitos, sobresaltados todos, temiendo una nueva desgracia.

D. JOS. ¿Qué pasa, Luisón?
D.^a DUL. ¿Por qué gritas?
D.^a REP. ¿Qué es ello?
BER. ¿Qué sucede?
LUI. Nada malo; ahora no es nada malo. ¿No me ven? ¿No me ven contento?

D.^a DUL. ¿Y la niña?
LUI. Se ha ido á descansar: e-tá rendida, la infeliz. ¡Va á vivir conmigo, con mi madre! Mañana vendrá mi madre por ella.

Los viejos lo escuchan atónitos.

D.^a REP. ¿Que vendrá tu madre por ella?
BER. ¡Jesús!
D. JOS. ¿Qué dices, Luisón?
D.^a DUL. ¿Que se va á vivir con tu madre?
LUI. Morando y riendo á la vez. Con mi madre, sí: con nosotros. En mi casa: me lo ha prometido. Pasó la mala hora... No se santigüe usted, doña Repelitos. A descansar todo: á tranquilizarse. Ya nada hay que temer. Pasó la mala hora. La paz bendita volverá á reinar entre estas paredes, que azotó durante unas horas el aire de la vida. Hasta mañana, ¿eh? Duerman tranquilos. Yo me voy corriendo á mi casa. Mi madre nada sabe: figúrense .. ¡Qué alegría! Quiero enterarla cuanto antes .. Hasta mañana; hasta mañana. Vase á escape por la puerta del foro, hacia la derecha. Los cuatro

viejos se miran estupefactos. La sorpresa no les permite hablar.

D. JOS. ¿Pero ese muchacho ha perdido el juicio?...

¿No veis cómo va?

D.^a DUL. ¡Qué exaltación! ¡Qué ojos!

D.^a REP. ¡Qué salidas más raras!

BER. ¡Mire usted llevarle á Isabela!

D.^a DUL. A mí me ha dado miedo...

D.^a REP. Y á mí también... Si hasta su semblante era otro...

D. JOS. Como que va fuera de sí...

BER. ¡Ay, Dios de Dios!

D.^a DUL. Estamos todos en pecado mortal. Vamos á rezar como siempre, por que Dios nos vuelva nuestra calma dichosa, nuestra paz perdida...

D.^a REP. Sí, sí; vamos á rezar.

D. JOS. Vamos á rezar.

BER. Vamos á rezar.

Maquinalmente, y como buscando reposo á sus cansados cuerpos, se sientan en sus sitios de costumbre. Suspiran. Doña Repelitos saca de su bolsillo rosario y libro de oraciones.

D. JOS. No sé... no sé... Estaba por ir y preguntarle á Isabela...

D.^a REP. Deja ahora á Isabela. ¿Se ha dicho que á rezar? Pues á rezar. Leyendo la oración que los demás van diciendo con ella, después de persignarse. «Dirigid—dirigid—Dios y Señor nuestro—Dios y Señor nuestro...»

D.^a DUL. Va á ser un escándalo que se lleve á la niña á su casa...

D. JOS. Enamorado como está... tú imagina...

D.^a REP. Eso sí; va á ser un escándalo, y de los gordos. ¿Qué va á decir la gente?

BER. ¡La gente siempre tiene que decir!

D. JOS. Sí; pero nosotros... nosotros deberíamos...

Rompen todos á hablar á un tiempo.

D.^a REP. ¡Vaya! ¿Se reza ó no se reza? Para rezar sin devoción, lo dejamos.

D.^a DUL. No, no, no... Vamos á rezar. Empieza otra vez.

D.^a REP. «Dirigid—dirigid—Dios y Señor nuestro—Dios y Señor nuestro—todos nuestros pensamientos...»

- D. JOS. Levantándose asustado. ¿Eh? ¿Quién?
- D.^a REP. ¿Qué es eso, Joseíto?
- D.^a DUL. Temblando. ¿Qué ocurre?
- D. JOS. He sentido unos pasos...
- BER. ¡Qué pasos ni qué!... Será arriba. ¿Hemos de creer ahora que siempre llega alguien?
- D. JOS. Es verdad... Dices bien... Ha sido ilusión mía...
- D.^a DUL. ¡Ay, Señor! ¡De qué manera tan distinta rezamos esta noche!
- D. JOS. Emocionadísimo. ¡Ay, hermanas! Nos hallábamos más cerca de la muerte que de la vida, y volvió de pronto la vida á turbar nuestros corazones. Vamos á rezar, vamos á rezar... Pero no por nosotros, que en el último sueño tenemos ya toda nuestra esperanza; sino por los que quedan aquí, llorando y sufriendo, á merced de las pasiones de la vida... Vamos á rezar... vamos á rezar... si es que podemos. Doña Repelitos vuelve á leer la oración y todos la repiten. En la voz de todos y en la actitud, hay turbación, inquietud, sobresalto, miedo.
- D.^a REP. «Dirigid—dirigid—Dios y Señor nuestro—Dios y Señor nuestro—todos nuestros pensamientos—todos nuestros pensamientos—palabras y obras—palabras y obras—á mayor honra y gloria vuestra--á mayor honra y gloria vuestra...»
El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN DE LA COMEDIA

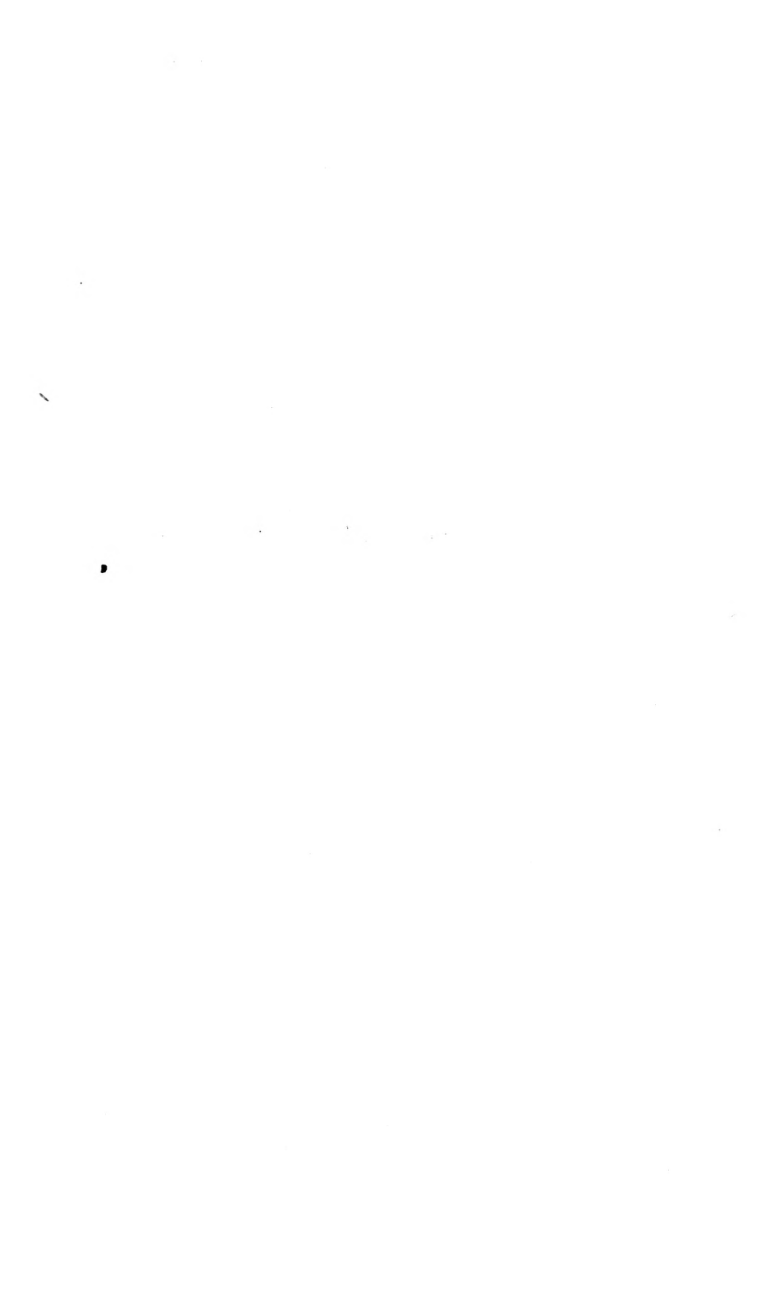
OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- Belén, 12, principal**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- Gilito**, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.^a edición.)
- La media naranja**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- El tío de la flauta**, juguete cómico. (3.^a edición.)
- El ojito derecho**, entremés. (3.^a edición.)
- La reja**, comedia en un acto. (4.^a edición.)
- La buena sombra**, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.^a edición.)
- El peregrino**, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.^a edición.)
- La vida íntima**, comedia en dos actos. (3.^a edición.)
- Los borrachos**, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.^a edición.)
- El chiquillo**, entremés. (5.^a edición.)
- Las casas de cartón**, juguete cómico. (2.^a edición.)
- El traje de luces**, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
- El patio**, comedia en dos actos. (4.^a edición.)
- El motete**, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- El estreno**, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
- Los Galeotes**, comedia en cuatro actos. (3.^a edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La pena**, drama en dos cuadros. (2.^a edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La azotea**, comedia en un acto.
- El género ínfimo**, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
- El nido**, comedia en dos actos. (2.^a edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
- Las flores**, comedia en tres actos. (2.^a edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- Los piropos**, entremés.
- El flechazo**, entremés. (2.^a edición.)
- El amor en el teatro**, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
- Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo!** humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

- La dicha ajena**, comedia en tres actos y un prólogo. (2.^a edición.)
Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
- Pepita Reyes**, comedia en dos actos. (2.^a edición).
- Los meritorios**, pasillo.
- La zahorí**, entremés.
- La reina mora**, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.^a edición.)
- Zaragatas**, sainete en dos cuadros.
- La zagala**, comedia en cuatro actos.
- La casa de García**, comedia en tres actos.
- La contrata**, apropósito.
- El amor que pasa**, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitanza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés.
- Morritos**, entremés.
- Amor á oscuras**, paso de comedia.
- La mala sombra**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El genio alegre**, comedia en tres actos.
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...** entremés con música del maestro José Serrano.
- La zaucadilla**, entremés.
- La bella Lucerito**, entremés con música del maestro Saco del Valle.
- La patria chica**, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
- La vida que vuelve**, comedia en dos actos.



- Pompas y honores**, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.
- La madrecita**, novela publicada en *El cuento semanal*.



PRECIO: 1,50 PESETAS

**RARE BOOK
COLLECTION**

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.22
no.1-18

